

Mapas y banderas

Manuel Campa

Ese tópico de que en el lugar más apartado del mundo hay alguien a quien llaman el asturiano es, en estos días, más verdad que nunca. Pues pocos sitios habrá más lejanos que el sudeste asiático, donde Fernando Alonso dejó constancia de hasta dónde puede llegar un asturiano lejos de su tierra. Unos periodistas italianos llamaron al piloto ovetense, por su habilidad y arrojo, “el tigre de Malasia”. Los que no quieren que nadie vaya más allá de Valencia de don Juan debieran tener en cuenta que, si Fernando Alonso no se hubiera aventurado “mundo alante”, en vez de ser considerado “el tigre de Malasia” no pasaría de ser algo así como “el melandro de la Manjoya”. De donde se deduce, una vez más, que lo importante no es que los asturianos se queden aquí, sino que puedan volver, con un trabajo digno, si lo desean, los que han salido. En el lugar más apartado del mundo hay, al menos, un asturiano –se decía siempre. A partir de ahora, hay que añadir: en el lugar más apartado del mundo hay, al menos, una bandera asturiana. A pesar de que la ley que determina cómo es la bandera del Principado sólo tiene veinte años, el grado de identificación con nuestra enseña regional es enorme, especialmente por parte de los jóvenes, que la llevan hasta donde les lleven sus estudios o su trabajo. Menos extraño es el arraigo del himno, sobre todo en la emigración, donde el Asturias Patria Querida había nacido hace aproximadamente un siglo. Pero la relación de los asturianos con su bandera suscita una cierta sorpresa en los demás españoles. Pues cuando ven ondear una tela azul con nuestra Cruz de la Victoria en amarillo, primero preguntan qué bandera es. Y, ante la respuesta, casi indignada, de los asturianos por tamaña ignorancia, comentan algo así como, ¿también éstos andan descarriados de la madre patria? Las sorpresas no acaban aquí, pues, poco después, verán alguna bandera de España cercana, en buena vecindad con la bandera de Asturias y con los triunfos de Fernando Alonso. La relación del asturiano medio con las dos banderas se expresa muy bien con la famosa petición del presidente de un Centro Asturiano de América a un diplomático español: “No olvide nunca, señor embajador, que, además de españoles, nosotros somos asturianos”. Se sobrentiende que el embajador lo había olvidado anteriormente. La relación del todo a la parte no es aquí una simple relación de totalidad atributiva, ya que los asturianos se resisten, en la mayoría de los casos, a disolver sus centros en los centros españoles, cuando el número de los emigrantes decae.

Algo parecido al uso de las banderas sucede con los mapas. El asturiano busca, a la vez, la integración en el lugar de destino, así como el mantenimiento de sus identidades básicas, la asturiana, la española y la europea, si vive en América. Sixto García Castiñeiras es uno de los numerosos profesionales emigrados que contribuyen a la buena imagen de Asturias en el mundo. Trabaja como médico en Puerto Rico, donde es catedrático en Río Piedras, aquella Universidad, donde, de la mano del rector Benítez y del gobernador Muñoz Marín, profesaron españoles tan eminentes como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Federico de Onís, Pau Casals, Navarro Tomás, Fernando de los Ríos, Aurora de Albornoz, etc. Una de las más importantes calles del viejo San Juan lleva el nombre de Manuel Fernández Juncos, un riosellano que tenía el perfil de los grandes ilustrados asturianos, ya que era capaz de ser un buen hacendista y, a la vez, un buen escritor. Sixto García representa el carácter integrador de los asturianos uniendo los mapas de Puerto Rico y Asturias con las banderas del Estado Libre Asociado y de España. Con los hermanos Blanco Bottey, con los hermanos Fierres, con el padre

Basilio Cosmen, y con muchos otros paisanos nuestros, Sixto García llevó a Puerto Rico el talante inconfundiblemente asturiano que aproxima los mapas y las banderas.